

tado este bendito varón en el convento de San Francisco de Mexico, adonde murió, y su alma (según nuestra fe) está esperando aquel dichoso día en el cual ha de vestirse de él, resucitando glorioso y recibiendo el premio de gloria que, según yo creo, ahora goza.

## CAPÍTULO XXV. *Vida del padre fray Toribio Motolinía*



UE EL PADRE FRAY TORIBIO EL SEXTO, en número de los doce, natural de Benavente, en España y profeso de la provincia de Santiago y traspuesto después en la recolección de la provincia de San Gabriel, como casi todos los doce lo fueron. Llamábase fray Toribio de Benavente y cuando llegaron a esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venían descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios decían muchas veces este vocablo, Motolinía, hablándose unos a otros, que en la lengua mexicana quiere decir, pobre o pobres. Fray Toribio, con el deseo que traía de aprenderla, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó que qué querían decir; y como le dijese que quería decir pobre, dijo: Éste es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, éste será, de aquí adelante, mi nombre; y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinía. Era varón muy espiritual, de mucha y continua oración; pero entre otras virtudes que en él resplandecían, la castidad fue la principal, la cual guardó en sí con extrañísimo ejemplo y cuidado; de donde infero que era muy amado de Dios, pues le conservaba en tanta limpieza y castidad; la cual virtud es muy de su gracia, sin cuyo favor y amparo no se conserva (como lo dice Salomón en el *Libro de la sabiduría*)<sup>1</sup> y era tan celoso de ella que a un religioso grave y ejemplar, por sólo que le vio una vez llegar la mano al rostro de una niña, que su madre traía en los brazos para que la bendijese, lo reprendió. Tanto como esto puede la virtud, cuando está con veras arraigada en el alma. Y como es de pechos celosos de la honra de Dios, trabajar mucho para atraerle las almas que con su preciosa sangre redimió, trabajaba siempre, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra santa fe; a los naturales recién convertidos, como en bautizar, de lo cual era amísimo. Bien lejos estaba del corazón de este santo varón, lo que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*, del perezoso, que excusándose de trabajar dice: Un león está en la calle y en medio de la plaza he de ser muerto. Pues sin temer trabajos, ni perdonar caminos, seguía la fuerza de su espíritu en busca de ánimas, deseando la salvación de todos, imitando a nuestro maestro Jesucristo, que en la cruz mostró este deseo, bautizándolo con nombre de sed, diciendo también con el Apóstol: Más he trabajado que otros; pero estos trabajos no han sido de mis solas fuerzas, sino de la gracia de Dios que me ha ayudado en todo. Con este espí-

<sup>1</sup> Sap. 8.

ritu de apóstol se disponía a ir lejas tierras, porque los niños no se muriesen sin bautismo. Fue a la provincia de Quauhtemala, llevando consigo algunos religiosos ejemplares y celosos de la salvación de las almas, y con ellos plantó allí la fe de Jesucristo y hizo muy gran fruto en aquellos naturales. Pasó adelante de Quauhtemala, por ver dos religiosos extranjeros que tuvo noticia andaban en la conversión de los indios, en las provincias de León y Nicaragua; y también por ver un volcán de fuego que está en aquella tierra, que es cosa de admiración, como decimos en otro lugar, y allí hacemos memoria de él muchas veces. Era de esto tan amigo que teniendo relación cierta de estas maravillas de naturaleza, las procuraba ver y las escribía, para que todos los que lo supiesen alabasen a Dios en ellas, como él lo alababa cuando las veía. Volviendo después a esta Nueva España y siendo guardián en la ciudad de Tetzcuco, hubo un año gran seca en toda la tierra y los panes estaban muy bajos, que no crecían, por falta de agua y quemados de los grandes soles. En este tiempo predicó un día a los naturales, con gran fe y fervor de espíritu, y mandóles fuesen en procesión, azotándose, a una iglesia de Santa Cruz que está junto a la laguna grande, y que con toda devoción pidiesen a Dios agua y tuviesen esperanza que no se la negaría. Hiciéronlo así y fue con ellos el santo fray Toribio; y vueltos de la procesión, en llegando al monasterio, comenzó a llover y de allí adelante siempre llovió, hasta que granó el maíz y fue aquel año de mucha cosecha. También acaeció que otro año vinieron tantas aguas y tan continuas que no cesaba de llover de día y de noche; tanto que no sólo los panes se perdían en el campo, mas también las casas, como eran de adobes, se caían. Mandó el varón santo a los indios que fuesen en procesión, azotándose a la iglesia de Santa Cruz; y volviendo de la procesión quiso nuestro señor que luego cesase el agua, como antes cayese muy recia y con ímpetu. Después todo aquel verano llovió templadamente, como lo habían menester; con lo cual los indios quedaron muy edificados y más firmes en la fe cristiana. Todo lo cual se cree haber concedido nuestro Señor por los méritos de este su siervo; porque los ama tanto (a los que lo son verdaderamente suyos) que parece poner en sus manos las llaves de su omnipotencia, como sucedió en otro tiempo con el profeta Elías,<sup>2</sup> que haciendo cesar las aguas de los cielos, por espacio de tres años las hizo comunicar a la tierra, después de esta esterilidad, en la manera que fueron necesarias para fertilizarla y que volviese a dar fruto; porque la petición del justo es eficaz para Dios en especial para cuando se sigue de ella algún bien común de pobres.

Cayó enfermo y estando cercano a la muerte, pocos días antes, tomóle gran deseo y fervor de decir misa; y como el que ha comunicado toda la vida a Dios, con particular comunicación, no se halla ni puede hallar bien ausente, determinó de decirla, donde a solas con él se las hubiese, como el esposo con la esposa, en la soledad de la quietud y sosiego del alma. Hizo poner recaudo en un altar para decirla en el claustro antiguo de San

<sup>2</sup> 3. Reg. 17 et 18.

Francisco de Mexico, y allí fue casi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno; que el amor que sentó en la cama a Jacob, para recibir a su hijo Joseph, cuando le dijeron que iba a visitarlo, le animó a este esclarecido varón para que abrazado de él llegase al lugar donde el señor de cielo y tierra había de ser su huésped en lecho y mesa del altar, donde se le había de comunicar sacramentado, haciendo fuerza en los pies de su devoción, con que vencía la flaqueza de sus fuerzas corporales, y con este fervor de espíritu dijo su misa. Y diéronle la extremaunción, poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo a los religiosos, que presentes estaban, que fuesen a decir completas, que a su tiempo él los llamaría. Enviólos a llamar, acabadas las completas; y estando todos juntos en su presencia y habiéndoles dado su bendición, con muy entero juicio, dio el alma a su criador. El obispo de Xalisco, don fray Pedro de Ayala, de la orden de nuestro padre San Francisco, que presente se halló a su finamiento, le cortó un pedazo de la capilla de el hábito, que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción, y en reputación de santo, como en la verdad lo era. Murió en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado, día del glorioso mártir español San Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mismo día, con la misa del santo, en lugar de la de difuntos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confesio et pulchritudo in conspectu eius, etc.* Las cuales, con harta congruidad se pueden aplicar a este apostólico varón, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversión de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escrito, más de cuatrocientos mil, sin los que se le podrían olvidar; lo cual, lo que lo escribió, lo ví firmado de su nombre. Fue el último que murió de los doce, y sexto provincial, en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: *De Moribus Indorum. Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron. Doctrina cristiana, en lengua mexicana y otros Tratados de materias espirituales y devotas.*

CAPÍTULO XXVI. *En que se contienen las vidas de los siervos de Dios, fray García de Cisneros y fray Luis de Fuensalida*



L SÉPTIMO DE LOS DOCE FUE fray García de Cisneros, el cual vino de la provincia de San Gabriel, con los demás sus compañeros. Era muy avisado y circunspecto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesión; y échase de ver que sería tal; pues los apostólicos padres de aquellos primeros tiempos no dudaron de hacerle cabeza de su pequeña grey, agradando al Padre eterno, darle el reino en el mando temporal de esta familia franciscana, que como a pegujal suyo tenía guardada